

IX

Cuando se disponía a batirse con la espada con el caballero de la armadura más dorada, tres de sus escuderos le rodearon armados con lanzas. Aunque era un experto espadachín, estaban muy bien armados para poder vencerlos. De repente, un caballero de armadura negra, se colocó a sus espaldas.

-No consiento que no se cumplan las reglas de un combate justo. Nunca un escudero debe atacar por la espalda. Aquí tenéis mi espada para compensar esta injusticia. Seremos dos contra cuatro.

-Os agradezco vuestro gesto. Sois muy valiente. Si tras el combate, seguimos en pie, os prometo que mi amistad os acompañará siempre.

De unos cortos toques maestros, el caballero de la armadura negra se libró de los tres escuderos. El caballero vio como su armadura dorada recibía golpes hasta que dio varias vueltas por el suelo. Pidió clemencia y entregó su espada.

-Permitidme que cumpla mi promesa. Me habéis ayudado en un momento bastante complicado. Tened mi lealtad y mi espada a vuestra disposición.

Un caballero, ¿feliz?
Rafael Ramírez Uclés

Los dos caballeros siguieron relatándose sus aventuras. Tenía una misión que resolver cerca de palacio. Entregar esos documentos era arriesgado. Le acompañaría hasta que lo consiguiese. Se había forjado una gran amistad.